

A MI GENERAL, SIEMPRE

Primer Premio XVII Edición de Microrrelatos "El Brocense" Secundaria 2021

CARMEN RODRÍGUEZ SÁNCHEZ-PALENCIA

Colegio Santa María de la Capilla (Jaén)

Profesor avalista: Rafael Castellano Almagro

En ocasiones, cuando estoy en la cubierta de mi gran navío, dirijo la vista al mar que me rodea, disfrutando de la cálida brisa del océano. En esos momentos de paz acostumbro a rememorar los mejores recuerdos de mi vida. Diré, con orgullo, que no son pocos.

No siempre he sido capitán del Argo, y la cantidad de aventuras que he vivido podría resultar inverosímiles a cualquiera.

Ciertamente, he de admitirlo, siempre he sido un hombre de acción y quizás me he enzarzado en demasiadas peleas, ¿qué le voy a hacer?

Recuerdo todos aquellos saqueos que con mi tripulación perpetramos durante buena parte del siglo XVII. ¡Ah, buenos años aquellos en los que el Argo surcaba desafiante los mares! A pesar de ser rico, siempre profesé el honrado negocio de la piratería, pues, jamás hubiera podido soportar durante demasiado tiempo, estar lejos del mar o en otro lugar que no fuera la cubierta del Argo.

Esto no significa que nunca haya conocido batalla diferente a la naval, o armas distintas a las pistolas y los cañones. En los siglos XII y XIV, durante los que también he vivido, estuve ayudando a mis aliados del oeste, tierra adentro, a expandir sus dominios más allá de la costa.

Recuerdo, incluso, haber luchado contra los aztecas junto a Hernán Cortes, o haber ayudado a mis queridos amigos nativos de Norte América, a pelear contra aquellos a los que llamaban “yankees”.

El único punto de conexión en mis aventuras, es la presencia de mi general, al único al que verdaderamente respeto y debo toda mi lealtad. Desde joven edad, ha dirigido firmemente a sus tropas y comandado importantes navíos. Le bastaba con su sola voluntad para dirigirnos como si nos moviera con su propia mano. Y he de decir, con total humildad, que yo siempre he sido un privilegiado entre sus filas.

Mientras sigo con la vista en el horizonte le veo entrar, debe de llegar del instituto, con su uniforme. Enciende la luz y se ilumina el cuarto donde vivimos yo y todos mis compañeros, perfectamente ordenados en cómodas estanterías de madera que llenan la pared.

Se vuelve, nos mira y nos sonrío, parece contento, espero que le haya ido bien el examen que estuvo estudiando ayer por la tarde.

Hay que ver cómo ha crecido desde que me compró en la juguetería, cuando aún no era más que un niño. Ahora parece casi un adulto.

En la entrada de la casa, oigo a su hermana reírse y saludar a su padre, que vuelve de trabajar. Esperan a que su madre regrese también para empezar todos a comer.

Llaman a mi general para que ayude a poner la mesa. Mientras lo veo irse, sonrío. Ahora, en mi retiro, hace mucho que nadie de la habitación entra en batalla, pero lo cierto es que no lo pienso con pesar. Para nosotros, sus juguetes, no hay mayor orgullo que ver crecer cada día al niño al que tanto queremos.